



Agudo, mordaz, profético, Léon Bloy es un heterodoxo que analizó los tópicos populares para desnudar a la clase que más odiaba: la burguesía.

Contra los burgueses

ENSAYO

Léon Bloy
«EXÉGESIS DE LOS LUGARES
COMUNES»
EDITORIAL ACANTILADO
376 PÁGINAS. 24 EUROS



¿Quién ha dicho alguna vez «No se puede tener todo» o «Nadie es perfecto»? Léon Bloy (1846-1917), autor de temperamento marginal, talante provocador y dado a la polémica, un autor maldito por así decirlo, dedicó un extenso libro a desenmascarar las frases hechas, los tópicos populares más o menos universales. La «Exégesis de los lugares comunes» se publicó en 1902, y Bloy hizo una segunda serie en 1913. Hoy este libro, traducido por Manuel Arranz, se nos antoja una rareza, una fantástica extravagancia escrita por un genio obsesivo, un estilista de retórica hoy anacrónica, encantadora y excesiva, tan atractiva como desconcertante. «¿De qué se trata, de hecho, sino de arrancar la lengua a los imbéciles, a los temibles y definitivos idiotas de este siglo, como san Jerónimo redujo al silencio a los pelagianos y luciferinos de su tiempo? Conseguir por fin el mutismo del Burgués, ¡qué sueño!», dice Bloy, dejando claras sus intenciones: ridiculizar el pensamiento humano y arremeter contra la clase social que más desprecia, la burguesía. Ambas cosas las perfila con pequeños textos que glosan, con un oído atento al hablar de las gentes,

«las enmohecidas sentencias que les fueron legadas por los siglos, y que ellos transmiten a sus hijos». Definir la obra de Bloy es comprometido. Su vida fue un laberinto incoherente: nacido en el seno de una familia burguesa de Périgueux, se trasladaría a París en 1867, donde publicaría una considerable cantidad de libros, entre los que destacan los «Diarios» y las «Historias impertinentes» que publicó Menoscuarto. Su actitud literaria y religiosa parece una montaña rusa: anticlerical primero, luego se convierte en un católico fervoroso, de verbo agresivo; lo carnal y lo místico quedan encarnados en su relación con una prostituta; al final, vence la fe, y se retira a un monasterio para hacerse monje.

Expresión violenta. Amigo de Barbey d'Aurevilly y de Verlaine, se declara en la «Exégesis» enemigo de Paul Bourget, «eunuco por vocación y uno de los aficionados más ilustres al lugar común», «cuyos escritos parecen una diarrea en engrudo», de Alejandro Dumas, «interminable lluvia de mucosidades tibias», y del «fétido Schopenhauer». Su expresión violenta deslumbró a Kafka, que habló de su alma profética; no en vano, en una carta de 1900 a un amigo, Bloy pronosticaba que el siglo XX iba a ser el de los muertos. Con todo, de considerarse un visionario, Bloy echaría piedras sobre su tejado con pasajes como este, acerca del tópico «No todo el mundo puede ser rico»: «El lenguaje de los lugares comunes, el más extraño de los lenguajes, tiene la maravillosa particularidad de decir siempre lo mismo, como el de los Profetas».

Para Léon Bloy, el burgués es el Mal: «Yo he dicho únicamente, y este trabajo no tiene otro objeto, que el Burgués es un eco estúpido, pero fiel, que repite la Palabra de Dios cuando resuena en los bajos fondos». El Bien es la comprensión cristiana, pero su atormentado espíritu lo eleva todo a la teoría mística, a la interpretación bíblica, y todo en Bloy es un ordenado caos. Quizá no entendamos del todo su escritura retorcida y ensimismada, pero nos sentimos misteriosamente cercanos a él.



Léon Bloy

Toni MONTESINOS